

MBEMBE, ACHILLE:

NECRÓPOLIS.

Barcelona: Melusina, 2011. Traducción y edición a cargo de Elisabeth Falomir Archambault.



El ensayo histórico que realiza Achille Mbembe pone de manifiesto el uso de la muerte sistemática de los grupos de poder como forma de control y autoridad. La obra *Necropolítica*, centrada en repasar los distintos modos de represión de los estados, no trata de ofrecernos un estudio cuantitativo de víctimas sino que aborda todas aquellas actuaciones que van más allá del asesinato y la muerte propiamente dichos: analiza acciones que significan la anulación del individuo programada, un *zombi* manejado por el Estado.

En la primera parte del ensayo, Mbembe realiza un repaso de actos necropolíticos a lo largo de la Historia. Para él los más importantes fueron: el periodo del *Terror* en la Revolución Francesa; el esclavismo; el Holocausto judío; las depuraciones comunistas y el colonialismo. Podrían caber algunos ejemplos más en este batido del uso de la necropolítica que nos realiza el autor aunque lo importante es que el lector se haga una idea, lo más exacta posible, de la aniquilación sistemática del opositor o del futuro muerto en vida con ahínco de convertir en esclavo.

En *Necropolítica*, se concluye estableciendo un adecuado examen y comparación entre la guerra que ocurre en el mundo, en nuestros tiempos, y la de tiempos pasados. Las guerras anteriores conocidas se centraban en



el estereotipo de enfrentamiento entre ejércitos en un escenario concreto. Las actuales han quedado huérfanas de cualquier atisbo de humanización que pudiera tener una guerra: se caracterizan porque en ellas se desea el aniquilamiento de la población civil y en eliminar las fuentes de abastecimiento de los habitantes. Por tanto, los conflictos bélicos actuales, y sus modos generalizados de actuación, provoca que los sujetos atacados, directa o indirectamente, se conviertan en lo más parecido a un ser inerte con forma humana. Este tipo de enfrentamiento bélico se traduce en la manifestación más evidente del empleo de la necropolítica, más aún si observamos una guerra entre un estado poderosos contra otro más débil: no aparece ningún rasgo de pacto o diálogo sino que se utiliza tal superioridad para manifestar el poder y las escasas contemplaciones al mundo, sobre todo a futuros enemigos o aliados.

La consolidación del poder, y el enriquecimiento propio, siempre ha encontrado en la muerte y la amenaza el mejor medio para su culmen. Desde la agrupación del ser humano en grupos sociales, la ambición y la deshumanización, en su forma más intrínseca, comenzaron a brotar continuando en el tiempo a un ritmo vertiginoso. Como ya destacaría anteriormente el psicólogo y filósofo francés Michel Foucault, con su concepto de *biopoder* utilizado para denominar y comprender la forma en que el poder ha sometido a su control y dominio la vida biológica de las personas, los cuerpos, la salud, que pasan a convertirse en objetos administrables por parte del poder.

En mi opinión, Mbembe realiza un cuadro cronológico evolutivo, en la que se observa la transformación del *biopoder* foucaultiano hasta derivar en lo más explícito del término *necropolítica*, similar a los estadios de la lucha de clases que estableció Karl Marx entre opresores y oprimidos a lo largo de la Historia: esclavitud, feudalismo y capitalismo. Ambos coinciden en que el capitalismo, especialmente el neocapitalismo actual, necesitan la muerte y los cadáveres para su sustentación, son su oxígeno y su combustible que permite su funcionamiento.

La violencia y la muerte orquestada van unidas al engrandecimiento de un estado o grupo social. Sin complejos. Ambos mecanismos apenas guardan relación con el ideal de gloria y honor caballeresco medieval. Lo que acontece en nuestros días es una evolución de la violencia que va más allá de matar como objetivo principal. También va más allá de ampliar fronteras como señal de hegemonía – imperialismo-. Esa hegemonía deseada no utilizó la razón ni el humanismo en su significado más puro, o lo que es lo mismo, sí la utilizaron y se ampararon en ella y en las ideas de la Ilustración para justificar unos instrumentos y actuaciones terroríficas que nadie las veía como tal. Ampliar la vida, expandir sus fronteras mediante la luz de la razón, la ciencia, el desarrollo y el progreso era la intención manifiesta

de los estados contemporáneos surgidos a la luz de las transformaciones de finales del siglo XVIII y el XIX, e impulsados por las ideas de la ilustración y su heredero el positivismo. Así justificaron su hegemonía y la suplantación de las anteriores formas de gobierno y modos de producción. No es que verdaderamente tuvieran el germen para lograrlo o se lo propusiesen auténticamente, como la expansión colonialista lo demuestra, pero era su declaración manifiesta así fuera como recurso ideológico, en el más marxista de los sentidos posibles, como tergiversación de la realidad.

Estas nuevas formas de gobernar y ejercer poder tienen especial virulencia en el periodo conocido como postcolonialismo. La visión del historiador e investigador camerunés, nos aporta información de primera mano. Él es un testigo directo, víctima, y sus tesis no son frutos de una reflexión elaborada desde lugares alejados donde apenas llega la información. Mbembe convive con las consecuencias de la absoluta descomposición de la vida en el África poscolonial germinada desde la década de los sesenta.

La idea de someter y asesinar cuenta con el amparo de una antiquísima doctrina: el darwinismo social. Todavía se encuentra vigente en idearios políticos de la actualidad. La afirmación de que las sociedades más avanzadas tenían derecho a imponerse y a seguir creciendo a costa de las más inferiores aún pervive. El neocapitalismo ha provocado que esa herencia haya cobrado nuevos tintes y una especial virulencia.

La economía globalizada ayuda a la creación de los nuevos esclavos del siglo XX, mano de obra gratuita y amedrentada que producirá los productos de consumo más valorados por la sociedad consumista. El proceso para conseguir esas masas de animales-trabajadores con forma humana son las llamadas guerras predatoras y se ve completamente presente en los avances tecnológicos del momento, que ayudan a su estabilidad. Las grandes empresas, el capital público y el privado, han establecido un desarrollo armamentístico que transforma las guerras y las matanzas. Las nuevas armas tienen un alcance y poder aniquilador abismal por lo que sus efectos serán intensos y algunos totalmente desconocidos en nuestros días.

Otros de los aspectos a destacar en estos días son las privatizaciones de servicios elementales que están germinando en las democracias occidentales pero que en las postcolonias ha triunfado de tal manera hasta el punto de no ser estatales los ejércitos nacionales. El ejemplo africano es el más característico. Una buena parte de estados no tienen el control del ejércitos que se han convertido en milicias urbanas movidas, no por interés nacional y al servicio del pueblo, sino que solo responden al interés económico, por lo que las relaciones con grandes empresas multinacionales

estarán presentes, sobre todo en aquellos lugares donde esa milicia tenga el control de algunos de los recursos naturales más codiciados.

Lo ocurrido en la República Democrática del Congo con el Coltán probablemente resume el problema tratado a la perfección. En este país se encuentra el 80% de las reservas mundiales de coltán. Como este mineral está considerado como recurso no renovable altamente estratégico, existe una guerra en el Congo desde 1998. Según las Naciones Unidas, el Ejército Patriótico Ruandés ha montado una estructura para supervisar la actividad minera en Congo y facilitar los contactos con los empresarios y clientes occidentales. Traslada el mineral a Ruanda donde es procesado antes de ser exportado. Los destinatarios finales son Estados Unidos, Alemania, Países Bajos, Bélgica y Kazajistán. Esta guerra, directamente relacionada con la explotación de este mineral, arroja un saldo de más de 5,5 millones de víctimas, lo que supone el mayor número de muertes desde la Segunda Guerra Mundial.

A modo de conclusión podemos considerar que tanto necropolítica y violencia han agudizado sus resultados. La posibilidad de dar muerte que tenían los estados ya no le pertenece exclusivamente sino que esas competencias también son adoptadas por los poderes fácticos y criminales que forman las conocidas máquinas de guerra y estimulan ese mercado globalizado.

Las posibilidades para evitar la vida de estos regímenes necropolíticos de la muerte pueden ser la institucionalización de los poderes del estado, esto es, iniciar vías democráticas que alejen al capital privado y al poder de destrucción de los puestos de autoridad socioeconómicos. Otro de los aspectos que ayudaría a desmantelar esas formas de poder sería una condena internacional de facto por el resto de estados soberanos, y excluir a éstos del tráfico comercial mundial.

La absorción del poder político por parte del económico, hasta el punto de no poder ser distinguibles unos de otro, marca que la racionalidad de las decisiones no parta de la ética ni de la democracia, sino del dinero y de sus propietarios. Ambición, interés e individualismo, amparados por el neocapitalismo globalizador y sus reglas, dan lugar a una muerte, una destrucción y una deshumanización "legalizada".

VÍCTOR PEÑALVER GUIRAO

Universidad de Murcia